

Sobre unas Críticas Indirectas a la Historia Contemporánea de Chile" **Gabriel Salazar V.**

El domingo 16 de mayo 1999, en la sección Artes y Letras de este periódico, (*Nota editor: Diario El Mercurio de Santiago de Chile*), se publicó una serie de observaciones críticas que el historiador Sergio Villalobos endilgó a los "comentarios" que la Doctora en Historia (c), María Angélica Illanes, expuso con ocasión del lanzamiento del libro "Historia Contemporánea de Chile" de los historiadores Julio Pinto y Gabriel Salazar; los que fueron publicados por el mismo periódico en su edición del domingo 9 de mayo. Utilizando el texto de la doctora Illanes como pivote o frontón, el profesor Villalobos criticó la concepción histórica que, supuestamente, inspira a dichos autores y a su más reciente libro.

A este respecto, creo necesario puntualizar lo que sigue:

1.- Tanto el conocimiento histórico como cualquiera otra forma de conocimiento se contruye desde la posición en la que se sitúa, concretamente, el sujeto cognoscente, cualquiera sea el desarrollo intelectual de éste. No existe en este mundo una posición privilegiada para conocer - por ejemplo, algo así como una "posición Dios"-, como no sea la situación real, específica y cotidiana desde donde se realiza de hecho la investigación o la reflexión. La realidad puede, por eso, ser "legítimamente" conocida tanto desde la mirada de un aristócrata o de un alto oficial o empresario, como desde la mirada de un ser común y corriente o pobre o marginal. Los oficiales del Ejército pueden reunirse - como lo han hecho- para escribir la Historia de Chile desde "su" particular posición, y nadie puede negarles su derecho a hacer eso. Los pobladores de La Legua o del Campamento Esperanza Andina de Peñalolén pueden reunirse también - como también lo han hecho- para evocar, investigar, publicar y comentar la Historia de Chile desde "su" perspectiva particular, y nadie puede negar la legitimidad de su punto de vista. La Historia de Chile "tradicional" - reconocida como tal por el profesor Villalobos- ha sido escrita por numerosos historiadores "para" y "desde" las élites de este país, y nadie discute a esos historiadores su deslizamiento subjetivo hacia esa perspectiva particular y no, por ejemplo, hacia la de los pobres o de la gran masa ciudadana. Porque un cientista social "puede" - y a veces, éticamente, "debe"- situarse en una u otra posición, y a menudo optar por posiciones no-tradicionales y no-oligárquicas ni elitistas. Ha de tenerse presente que las definiciones neokantianas y positivistas de la Historia y demás Ciencias Sociales ha mucho ya que están colapsadas. Las verdades generales y totales no existen. El trabajo actual del cientista social es operar y desarrollar el conjunto dialéctico de verdades posicionales, sin autohipnotizarse con supuestas verdades absolutas.

2.- En nuestro caso, nos hemos sentido inclinados a situarnos en la perspectiva de la mayoría ciudadana, en la que han convivido históricamente - durante siglos- tanto los pobres y excluidos como los ciudadanos rasos de carne y hueso. ¿Por qué esta opción? Primero, porque los pobres y excluidos - que desde que Chile es Chile

han fluctuado entre 40 y 60% de la población total- son los que necesitan luchar por su integración a la vida moderna, por la equidad distributiva y por una plena participación en las decisiones públicas que les afectan; es decir: porque necesitan, históricamente, humanizar la sociedad, profunda e integralmente y no epidérmicamente, como humanizar ha sido hasta hoy. Segundo, porque los ciudadanos rasos de carne y hueso - que han sido tratados, desde 1833, como comparsas de individuos cuyo voto puede ser manipulado de distintos modos- sustentan la soberanía y la legitimidad, necesitando, por tanto, históricamente, luchar por una democracia real, social y participativa. Hemos elegido esta posición porque nos interesa, precisamente, el sentido humano de la historia y la legitimidad del poder. Y porque no nos interesa tanto el (limitado) progreso material impulsado hasta hoy por las "élites conductoras" (viaductos, carreteras, packings, malls, etc.), sino el subproducto social acumulado por esa conducción: la pobreza material y ciudadana, y el modo como los afectados por esa doble pobreza intentan e intentarán liberarse históricamente de esa condición. La Historia, creemos, debe centrarse en el sentido de lo humano y en la suerte que corren, por tanto, la legitimidad y la soberanía cívicas - expresiones de lo humano como poder- ; lo que implica conocer todas las posiciones involucradas en esa suerte.

3.- Ha sido propio de la Historia Tradicional ignorar, rechazar y aun desprestigiar sardónicamente los esfuerzos académicos realizados para asumir consistentemente el locus epistémico del verdadero humanismo, de la legitimidad y de la auténtica soberanía. En ese empeño los historiadores tradicionales han incurrido, a menudo, en un militantismo oligarquista más simplista y torpe que el "empobrecimiento de la Historia" que atribuyen - por lo común, sin mucho estudio- a los que realmente quieren su humanización. Y se han precipitado a etiquetarlos antes que a estudiarlos y analizarlos. En el siglo pasado se les motejó de anarquistas y rojos; en éste, de subversivos, marxistas, ideologistas o - más cómodamente, de "comunistas"- , demostrando, de paso, una pobre erudición sobre lo que genéricamente se reconoce como "teoría del cambio social". Es una lástima que el profesor Villalobos (que tuvo "un sector de admiradores entusiastas"), tras las opciones expuestas en su Historia del Pueblo Chileno, se haya instalado, al parecer definitivamente, en las troneras de aquellos que miran por el ojo de "los altos sectores, las élites... la aristocracia, la burguesía, la oligarquía o como quiera llamársela" (como él mismo dice). Que se sitúe en el mismo anaquel que F.A. Encina, A. Edwards, J. Eyzaguirre, M. Góngora, G. Vial, A. Jocelyn-Holt y otros. Que no pueda leer con suficiente velocidad los conceptos con que hoy se definen y debaten los problemas del mundo contemporáneo - que, desde la globalización de Chile, tienen plena validez para reflexionar sobre nuestra historia- y que le resulte más cómodo debatir en carambolas: criticando el comentario de la doctora Illanes para criticar el libro de Pinto y Salazar, y perforar, por fin, su verdadero blanco: los esfuerzos de los pobres y ciudadanos para revertir la "frustrante" (A. Pinto) historia de los llamados conductores de este país.

4.- ¿Qué Historia necesita hoy la sociedad civil chilena? ¿Qué Historia están demandando esos jóvenes que no se inscriben en los registros electorales, los inscritos que votan en blanco, o anulan, o votan "alternativo", y que suman ya más del 50% del electorado nacional? ¿Cómo alimentar la memoria social de la "baja" sociedad civil chilena, que hoy está demostrando alta incredulidad en las "historias oficiales", en los discursos triunfalistas y en la capacidad y civismo de las élites dirigentes? ¿Qué Historia de Chile contarles a todos esos pobladores y mujeres que prefieren investigar y escribir su propia versión de la Historia, y que están creyendo más a su memoria que a las versiones ilustradas? ¿Bastará con editar de nuevo a Barros Arana, Toribio Medina, Edwards o multiplicar los fascículos de Gonzalo

Vial? ¿Será suficiente que el Ejército publique "otra" crónica de sus gestas heroicas, a más de las que ya le ha ofrendado la Historia Tradicional? Todo indica que la ciudadanía chilena necesita conocer, no una o "la" versión neokantiana de su historia, sino algo tan variado, multifacético, plural y democrático como es ella en sí misma. Necesita recorrer todas las "posiciones" posibles, porque su verdadera unidad e integración se logra y logrará sólo cuando integre toda su diversidad dentro de un proyecto legítimo y soberano de humanización, y no a través de poderes fácticos que reprimen a la mitad de la ciudadanía para, en el fondo, tratar de seguir alucinando a medio Chile con la dudosa monserga de la supremacía innata de las élites.

Gabriel Salazar, Doctor en Historia

ANEXOS: A continuación los documentos de Illanes y Villalobos a los cuales se refiere el autor

NUEVA HISTORIA DE CHILE

María Angélica Illanes. (El Mercurio, Artes y Letras, 9 de mayo de 1999.)

La Historia Contemporánea de Chile 1, de Gabriel Salazar y Julio Pinto, se levanta hoy, como la poética de Hesíodo, como un gran texto que narra "los trabajos y los días" de la sociedad chilena a lo largo de su historia republicana. Ella busca instalarse como una narrativa alternativa a la que ha pretendido construir la historia patria sobre la base de una mitología deidificadora de señores en el poder. La historia contemporánea de Chile I busca al hombre y la mujer concreta que ha hecho la historia nuestra, otorgándole un protagonismo clave y articulador de sentido de toda la construcción histórica chilena.

Esta historia se hacía ya imprescindible. Estructurada en dos tomos -que pronto serán cuatro, cada uno de los autores expresa en ellos su peculiar pensamiento y estilo interpretativo, habiéndose hecho, en conjunto, voceros responsables de una historia general que necesitábamos. En ella se entregan las bases para una aguda problematización y crítica reflexión en torno a los temas más relevantes de nuestra historia, así como respecto de sus desafíos de futuro.

El sujeto histórico

¿Quién es y cómo se define el sujeto histórico, clave interpretativa de esta historia? El texto, en general, identifica a este sujeto como un actor concreto, vital, existencial, de "carne y hueso". Pero, más allá de toda definición, dicho sujeto concreto va quedando configurado a lo largo de la narración, pues ésta no es un mero recuento de sucesos, sino que es la palabra y forma que se le va otorgando al hombre y la mujer concreta en su interacción con las estructuras políticas y sociales, para que en ella vaya configurándose y cobrando vida histórica. La narración es, pues, aquí, el propio acto de creación de este sujeto que emerge desde el barro o desde la palabra de sus trabajos y de sus días.

No obstante, la definición de este sujeto concreto constituye un aspecto importante del texto, pues en torno a éste se juega la opción de esta narrativa historiográfica. Julio Pinto define a este sujeto "clase social" y se aboca, desde una opción casi sociológica, a la tarea de una amplia reconstrucción de las distintas clases sociales y su rol histórico en las fases de la historia republicana. Por su parte, Salazar ya no denomina aquí a este sujeto "bajo pueblo"; ha buscado ampliar esta categoría optando por el concepto de "ciudadano", en un claro esfuerzo por abarcar una sociedad y una historia más compleja. Salazar se ve tentado, a veces, para mayor claridad, de hablar de "baja ciudadanía" para referirse a un

sujeto civil que es excluido de la distribución por arriba, del poder, y los dos autores lo vuelven a clarificar: se trata del ciudadano de base: he aquí el sujeto protagonista de esta historia.

Desde esta perspectiva, este texto constituye la expresión de una reflexión profunda y del esfuerzo por la búsqueda de una renovación constante de las categorías que, sin aspirar a una Verdad a-dialéctica, busca una veracidad en construcción. Es este, pues, el momento propicio en que los autores han querido y necesitado escribir una Historia de Chile, el momento en que nuestros narradores y sus autores han entrado ya en una compenetración real.

Al tratar acerca del "ciudadano", no se está refiriendo al ciudadano de Rousseau, que fue abstraído en la construcción mecanicista de la Nación y de la Voluntad General, con el fin de construir por arriba el poder burgués. Por lo contrario, se trata del ciudadano de Hesíodo, concreto, vital, existencias, el que encarna los "trabajos y los días". Un ciudadano encamado que aquí se pone en su justo lugar; es decir, por delante de las figuras artificialmente iluminadas por los focos del mito fundador de la "ciudad propia". Y al ocupar el ciudadano concreto su lugar central en la plaza pública, al desplegarse en toda su figura crítica, tocará con su sombra a aquellas estatuas encargadas de hacer por concursos y por tiraje de comic semanal a los mitológicos oficiales del poder.

Este ciudadano-concreto se opone o diferencia críticamente en el texto respecto de la "clase política", la cual encuentra su definición de "clase" justamente en el acto y proceso negación de este ciudadano base, al que utiliza para sus propios intereses de poder, transformándolo en clientela a nombre de sus construcciones míticas y de sus instalaciones y abstracciones políticas.

Es conocido este fustigamiento que viene haciendo Gabriel Salazar a la "clase política" histórica nacional. Este texto es un nuevo, afilado y largo látigo que la golpea con maestría en todos sus flancos, sin piedad, sin descanso, hasta rasgarle sus vestiduras. Es una crítica fuerte, sin duda; para muchos, quizás demasiado. Pero cuando las dudas afloran, una nueva avalancha narrativa vuelve sobre los pasos andados y, como si intuyese la duda, el texto se transfigura en poesía, para comunicarse directamente en el lenguaje del mito, reclamando a los dioses la participación en los frutos y gobierno que han quitado a los hombres del trabajo, para el bienestar de sus días.

Reimplantación...

En este sentido, y a pesar de que el texto es muy hegeliano, tanto en su método como en el uso del concepto de "sociedad civil", se ríe al mismo tiempo del mito hegeliano del Estado, supuestamente responsable y dador de bienes y velador por el bienestar común y del todo. Desde esta perspectiva, este es un texto marxista, en cuanto a su reiterada crítica al idealismo de Estado, a su acento en la sociedad civil en tanto relaciones inter-subjetivas donde se desenvuelve la sociedad en tomo a sus condiciones materiales de vida. Pero al mismo tiempo es un marxismo disidente, aquel que supo y sabe de los peligros del entronizamiento en el poder de una clase que, a nombre de los trabajadores, se encargaría de hacer la Transición (revolucionaria).

Lo interesante aquí es que este concepto de una fracción que hace una transición para constituirse en una clase política no se aplica sólo para el análisis de una etapa revolucionaria (socialista), sino para toda la construcción republicana de la historia de Chile, hasta la actualidad. Esta clase política ha sido, en esta lectura crítica de Salazar, una suerte de buró de Stalin en el poder republicano, desde su expresión portaliana hacia adelante. Salazar juega con esta dialéctica del "hoy como ayer y del ayer como hoy", tejiendo magistralmente los hilos de la historia, la que va quedando así, construida, como un tapiz sólido y resistente que se ofrece al ciudadano para alfombrar su nueva entrada a la

conciencia crítica de su historia republicana.

En esta dialéctica del "hoy como ayer", por ejemplo, Salazar cuestiona la tesis de Joaquín Lavín y de Tomás Moulian respecto de que en las últimas décadas se habría gestado en Chile una revolución neoliberal. Según Salazar, ésta no es más que un reimplante del proyecto libremercadista que las elites liberales habrían preconizado desde el siglo XIX.

Esta tesis va acompañada de una discusión sobre el concepto de "revolución", y vendrá sin duda a re-alimentar un debate que nos permitirá ahondar en la comprensión de la actualidad.

Creemos que el concepto de reimplantación aporta luces fundamentales; lo cual, sin embargo, no nos debe subestimar las peculiaridades y la propia fuerza que ha adquirido este reimplante en esta etapa de la historia cuando el neoliberalismo se ha constituido sobre un "asalto al poder" desde todos los flancos. Porque este libremercadismo, actual se ha alimentado, incluso, de su proyecto históricamente oponente, cual fue el del desarrollo nacionalista hacia adentro, a través de la conquista del Estado y sus fondos provisionales.

Tal como se hizo en la conquista de los imperios de América, los libremercadistas han decapitado la cúpula estatal, se han apropiado de los tesoros y aparatos de Atahualpa, profundizando y cooptando a la sociedad en la mita de una nueva lógica de "dominación". Creemos que en torno al tema de esta nueva profundización de la dominación descansa el tema central de la discusión, y que Salazar identifica con el "arrasamiento inmisericorde de los micropoderes que surgen de la angustiada identidad nacional" (Pág. 171).

Proyecto Popular

En torno a este crítico desgarramiento entre sociedad civil y Estado, que habría sido tomado por asalto por una clase política civil y una clase política militar, se configura el primer tomo de la Historia contemporánea de Chile: desgarramiento que se articula como un arriba/abajo vertical e irreconciliable. Arriba/abajo que se construye como la negativa a la incorporación en el arriba del proyecto de la ciudadanía de abajo. Alfredo Jocelyn Holt, entre otros, ha cuestionado este planteamiento de la existencia de un proyecto del pueblo o del ciudadano; Salazar ha respondido que ese proyecto se ha negado en términos de que no habría un "discurso" del pueblo con el cual la clase política pudiese interlocutar, y establece que no se trata de la existencia o no de un discurso sino de una existencia histórica, real y concreta que simplemente no se ha querido "ver"; existencia concreta cegada para ser mejor negada. Que este proyecto sí ha existido y que se ha expresado en la negativa de los sectores populares a ser sometidos.

Efectivamente, creo que todos los que hemos trabajado con pala y picota -como dice Sergio Grez- en historia social y popular, sabemos que sí ha existido un proyecto del ciudadano concreto y del pueblo y que incluso también ha existido un discurso de tal proyecto. Tal proyecto se ha desenvuelto en el propio proceso de configuración histórica del sujeto; es decir, es un proyecto dialéctico que se expresa en la negativa a su proletarianización económica y política y, por lo tanto, en su afirmación de ciudadanía, expresado, en general, en su resistencia al privilegio de clase. Y este ha sido un gran "peso de la noche" de la aristocracia. No tanto el "desdén" del pueblo, sino la insolencia, la gallardía, el rostro alzado frente a frente y el desprecio del pueblo respecto a una clase que pretende construir sus privilegios sobre sus espaldas. Tanto su instinto como su conciencia "igualitaria" ha sido y es el proyecto del ciudadano chileno; tomar nota de eso constituye para cualquier proyecto político un factor imprescindible y que sin duda esta Historia de Chile contribuirá aún más a aclarar.

Sin embargo, también pensamos que ese proyecto y discurso ha sido a menudo clientelizado, mercantilizado y "modernizado" por la clase política en vista de su propia

construcción como tal clase política. Y que en este proceso de modernización, el proyecto popular ha sido intervenido y, más bien, cooptado para los fines modernizadores del poder, sacrificándose para los objetivos más "altos y sublimes" de la religión y mitología nacional.

Pensamos que la intelligentsia de arriba ha sabido, muy a menudo, construir un escenario, no tanto sobre su arriba/abajo tan vertical, sino sobre un arriba-abajo más horizontal; esto es, sobre un escenario que ha dejado tras bambalinas, en una relación utilitaria, subordinada, oculta, engañosa y sacrificial. Al ciudadano se le ha encargado subir y bajar las cortinas para que la clase política salga a recoger las luces y los aplausos. Pero claro, tal como lo muestra Salazar, este pueblo, su cuerpo y su palabra, no ha dejado también de irrumpir en las tablas, descorriendo cortinajes y derrumbando andamios, para escenificar su presencia, su gesto y su voz autónoma y anti-privilegio. He ahí el teatro de nuestra historia.

En torno a la misma preocupación por hacer una historia del ciudadano, Julio Pinto, junto a Azun Candina y Robinson Lira, dedica el segundo tomo de esta Historia contemporánea de Chile a lo "social", visualizando en términos de actores, vida, drama, movimiento y configuración de identidades. Los autores adscriben aquí el concepto de "clase social" y, al hacerlo, vemos que no lo hacen desde la perspectiva de la dialéctica marxista, sino más bien desde una opción analítica. Con su interés puesto a sacar a la luz la relevancia del "sujeto popular", sin la mediación de los narradores de todo tipo que hablan acerca del pueblo, Pinto logra un equilibrio entre una opción crítica personal respecto de la historiografía tradicional y una escritura que no es de combate.

.....

VIENTOS VARIABLES EN LA HISTORIA

Sergio Villalobos R. (El Mercurio, Artes y Letras, 20 de junio de 1999).

¿Quién se equivoca?

Los alcances formulados por la señora Illanes parten de una afirmación inquietante: yo no habría entendido cuál es el sujeto histórico planteado por Gabriel Salazar. A mi juicio, en el pensamiento de este investigador sería el "bajo pueblo", en contraposición a los altos sectores, las élites, la clase política y los gobernantes. Así lo he deducido del escrito de la señora Illanes, que en forma un tanto equivocada expuso que se trataría del "hombre y la mujer concretos que han hecho la historia nuestra". Según esa frase, en que sólo he corregido la sintaxis, habría otros tipos que no son concretos: quizás los estadistas, los pensadores, los empresarios, etc. Por lo tanto, no serían sujetos de la historia. Yo creo, sin embargo, que todos son concretos y eficaces.

Más adelante, la señora Illanes menciona al "ciudadano de base" como protagonista de la historia, de donde deducimos una vez más, que los de más arriba no son protagonistas. La tendencia de la autora se marca con una hermosa referencia a Los trabajos y los días de Hesíodo. Si pensamos que el célebre poeta y filósofo de la antigua Grecia fue en su niñez un pobre niño pastor y que en parte de su obra, al alabar el trabajo y sus virtudes en contacto con la naturaleza, se refirió de manera ejemplar a los campesinos sudorosos y encorvados sobre la tierra, se nos completa la imagen del nivel al que desea conducimos la señora Illanes.

Las excelentes investigaciones del profesor Salazar y de la señora Illanes tienen claramente también, ese sentido. Salazar en Labradores, peones y proletarios habla de los hombres y mujeres de base y declara que el pueblo es la parte de la nación que detenta el poder histórico.

Deseo dejar en claro que el aporte objetivo de ambos estudios me ha parecido siempre muy meritorio. Solamente no estoy de acuerdo con su interpretación extrema.

Cambios en el historiador

Vuelvo a leer la Introducción en el tomo 1 de mi Historia del pueblo chileno, escrita en 1980, hace diecinueve años. Temo haber traicionado mi visión de la historia o haber caído en alguna inconsecuencia. Terminé de leerla y al fin me quedo tranquilo. Sigo pensando igual. En aquellos lejanos días señalé lo que debía ser una "historia de los grandes procesos", que incluyese todos los elementos del acontecer, marcando alguna preferencia por el económico y el social, dentro de un concepto de historia de lo masivo y anónimo. Ahí debían estar incluidos todos los sujetos del pasado: mineros y campesinos, indígenas, empleados, oficinistas, profesionales, intelectuales y políticos, también los capitalistas y los miembros de todas las élites. Reducía en su importancia a los grandes personajes, sin hacerlos desaparecer de ninguna manera, y hablaba del campo de la cultura, las ideas y hasta de las mentalidades, que luego se pondría de moda. Ningún sector social ni materia alguna podía dejarse de lado.

Consecuentemente con ese planteamiento, en los sucesivos tomos de la Historia del pueblo chileno me referí a todos los sectores sociales. Mis textos escolares, dentro de su simplicidad, son también una buena prueba. En ellos se encuentra la realidad del bajo pueblo, sus luchas y las fuertes contradicciones sociales hasta los episodios trágicos provocados por el sistema liberal.

Llevado del interés por la élite económica, escribí Origen y ascenso de la burguesía chilena, enfocando tanto su papel fundamental en el desenvolvimiento económico como su decadencia y su ceguera ante los problemas sociales. La dominación, el abuso y la explotación los he tenido en cuenta y sigo considerándolos; pero no hago de ellos la trama determinante de la historia.

Posición del historiador

No cabe la menor duda de que el historiador actúa según su "circunstancia" y que escoge a su gusto el tema que investiga. Así, alguien puede tratar la economía del siglo XVIII, el romanticismo en Argentina o el bajo pueblo en Chile; pero no tiene por qué atribuir a su materia el papel rector de la historia. En cada caso el estudioso será un buen especialista y no debería encerrarse en su ámbito. La historia general o la historia sin más, obliga a supercar todos los encierros y meditar el conjunto sin obsesiones.

El profesor Salazar señala que es legítimo que cada clase o grupo social sea estudiado por quien tenga afinidad con ellos y más aún, que colectivamente elaboren su visión del propio pasado, como se ha hecho en la población La Legua.

Sin descartar que ello es posible, excepto en el último caso, por último es el historiador general el que sintetiza los resultados y los pasa por el tamiz de la crítica para dar a cada uno lo suyo.

Respecto del caso de La Legua, Salazar cae en una falla del método, porque el testimonio de sus pobladores no es historia, sino una fuente que el historiador podría utilizar junto con muchas otras fuentes. Entendamos que los pobladores no son sujetos cognoscentes, sino objeto de estudio. Sus informaciones y opiniones suelen ser dignas de estudio.

Personalmente he patrocinado trabajos de ese tipo y he dirigido tesis con esa base. Vamos a otro punto. Pensar que no hay verdad absoluta y que caben todas las interpretaciones de la realidad humana conforme la posición del intelectual, es caer en un historicismo a ultranza, cuyo relativismo impide ponerse de acuerdo en nada. De ahí al nihilismo mental y al escepticismo sobre la posibilidad de conocer no hay más que un paso.

Si cada uno piensa y volara a su gusto, no pretendamos hacer ciencia. Simplemente defendamos nuestra posición con dureza. Comenzar negando la existencia de verdades absolutas que nos guíen es abrir el camino a todas las arbitrariedades imaginables, y, en definitiva, sustentar que no hay más razón que la de cada uno y llegar de ese modo a la dureza más extrema.

Beneficios del cambio

Confieso que soy culpable de haber experimentado algunos cambios durante mi vida historiográfica. Formado en la tradición de la historiografía nacional, a poco andar fui contagiado por las ciencias sociales, el estructuralismo y la escuela de los Annales de Francia. Surgió de esas influencias mi idea de la "historia de los grandes procesos"; pero el contagio no fue grave. Nunca dejé de ponderar las cosas por mí mismo, y el resultado fue una propia visión de la historia, para la cual no reclamo una gran originalidad.

Posteriormente, esa visión no ha cambiado en lo esencial. Sigo pensando en las estructuras fundamentales y sus variaciones, que componen el cuadro total, y únicamente he marcado uno que otro énfasis.

Con todo, no me parece que las variaciones de pensamiento sean indeseables en un intelectual y en ninguna persona, porque las experiencias individuales y colectivas influyen en la apreciación de los hechos. Hoy día vemos de manera abrumadora cómo en el común de la gente, en los estudiosos y en los políticos, la valoración del estatismo y de la economía dirigida ha cedido frente al liberalismo y la libre empresa, no obstante las fallas que subsisten. Ello ha ocurrido porque nadie es ciego y los resultados están a la vista. Esa experiencia obliga al historiador a apreciar de manera un tanto diferente fenómenos como el liberalismo del siglo XIX, las políticas estatistas a mediados del siglo XX, el estado benefactor, el gobierno de Jorge Alessandri y tantos otros fenómenos.

Los hechos que vivimos nos enriquecen y de esa manera se modifica nuestra mirada sobre el pasado.

En esa perspectiva, los cambios en la interpretación histórica son convenientes -son parte de la dialéctica- porque aunque estemos atiborrados de teoría, los hechos se imponen por sí mismos. Estimo, por ejemplo, que el derrumbe espectacular del marxismo ha sido un fenómeno que, influyendo en todo el mundo, ha obligado a repensar problemas fundamentales del hombre y a mirar la historia con nuevos ojos.

Permanecer en actitudes conservadoras y nostálgicas no conduce a nada. Es morir lentamente.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2008 